

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año VI

22 de Noviembre de 1936

No. 268

HCR
056
R454-rc



DOÑA EVA CASTRO DE BOLAÑOS

El 22 de octubre tuvimos el placer de asistir a la boda de la señorita Eva Castro con el señor don Albino Bolaños, verificada en el Templo de la Ciudad de Sarchí.

De San José fueron varias y muy distinguidas familias amigas de la familia Castro, quienes deseaban testimoniar su gran aprecio y cariño para los contrayentes.

Y nosotros que conocemos y queremos de todo corazón a la familia Castro fuimos con gran entusiasmo para unirnos a nuestros amigos en día tan memorable. Fue una fiesta de bodas lo más simpática, en la que la distinguida familia Castro hizo derroche de su reconocida amabilidad.

Deseamos que el nuevo hogar sea siempre muy feliz para que nuestra querida amiga doña Oliva Vda. de Castro, madre de la novia, se sienta satisfecha al ver a su hija colmada de felicidad.

Numerosos y muy valiosos regalos recibió la desposada como recuerdo del día de su boda que le harán recordar horas felices en que sus amigos se unieron a ella para gozar de su dicha.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

A MI MADRE

La vejez viene hacia mí. Viene con tu mismo andar. Me mira con tus ojos. Yo pienso que eres tú misma; tú que vuelves a buscarme y que me encuentras donde me dejaste: "niño como me dejaste. Parece que no hice más que esperarte. Pero sé menos que cuando tú me hablabas. Tengo menos que cuando estabas conmigo... ¡Hazme reír; hazme llorar de nuevo, madre mía!

Como hiciste conmigo, hice yo con los hombres. Arranqué de mi carne y de mi alma cuanto pude y se lo di. No me habías dicho que duele.

Te busqué siempre y te esperé todos los días. Te ví una vez en un diamante enorme y tembloroso, estrella caída en la negrura de mi noche, llorando toda su luz muy dulcemente.

Te oí una tarde divina en la que el cielo y la tierra se mezclaron. Eras aquella calandria que desde lo invisible me inundaba de gozo y de ar-

monía. Todo se transformaba con su canto en cielo.

No encontré en el mundo con qué comparar tus manos. Pasaban por mis cabellos como besos que se rompían de ternura. Ahora quería sentir las en mis sienes y en mis ojos y ponerlas sobre todos mis dolores.

¿Qué dices tú, madre mía? ¿Es o no tu hijo el que vuelve? La vida me ha desfigurado... Pero tú sabes quién soy. Tú, únicamente, me verás como yo era.

Prepárame bien la cuna de tu cuerpo, Tengo mucho que decirte; pero no te diré nada, tan chiquito voy a ser en tu regazo; tan chiquito y tan callado; todo encogido para que puedas esconderme bien contra tu seno; todo dormido para que tú, madreçita, me sonrías y me beses como

El hijo llega con el ojo abollado

La madre: — ¡Con que peleando otra vez, atrevido!

El hijo: — Sí, mamá.

La madre: — No te dije que cuando estu-

vieras furioso contaras diez antes de hacer nada?

El hijo: — Sí, pero mira lo que me hicieron mientras estaba contando....

Malestares

temeninos

Prefiera siempre productos Bayer



ASPIRINA

RESTABLECE SU BIENESTAR

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 22 de Noviembre 1936

Suscripción mensual

— de —

cuatro números:

₡ 1.00

DIRECTORA:
Sara Casal vda. de Quirós
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

Pésima Costumbre

Muy a menudo somos sorprendidas por la indiferencia culpable no sólo de las personas mayores, sino de los padres de familia, para no respetar la presencia de niños, jovencitas y aún de señoritas, cuando establecen conversaciones no solamente contra la caridad cristiana sino contra la pureza de las almas.

Existen conversaciones que por el respeto a la propia personalidad no debieran iniciarse entre personas medianamente cultas, así como hay otras conversaciones que sólo son dignas de la peor clase de gentes.

Muy a menudo se observa que ya los padres y madres no tienen el cuidado que antes tenían los nuestros para conversar sobre asuntos que indudablemente ofenden la pureza de sus hijos. Cómo pueden los hijos respetar a sus padres oyéndoles conversaciones de doble sentido, y del peor gusto imaginable? ¿Qué opinión pueden tener de semejantes padres, sumidos en la más baja podredumbre? Hay algunos padres que creen que es prudente tenerles confianza a los hijos que ya han salido de la niñez, les cuentan todo lo que debiera ruborizarles; dicen, ¿quién mejor que yo puede instruir a mi hijo? Es verdad, los padres deben instruir a sus hijos en muchas cosas de suyo delicadas, pero, qué táctica, qué prudencia para abordar ciertos asuntos, para que el hijo no confunda la instrucción debida, con la despreocupación y falta de moralidad de su padre.

Y respecto a las hijas, podemos decir lo mismo; la madre debe instruir a sus hijas en muchas cosas que sólo la madre debe abordar, pero, debe hacerlo con tal delicadeza que la hija no se sienta después sin el respeto debido a su propia madre. Hay muchos conocimientos que el mundo cree necesarios para la juventud y nosotras no lo pensamos así, todos esos conociemien-

tos son necesarios a su tiempo y cuando la necesidad así lo exige, pero muchas veces pasa que la necesidad nunca llega para muchas y quizás esos conocimientos despertaron en la juventud pasiones, y deseos de lo ignorado que no hubieran existido sin el conocimiento, lo que constituye un grave perjuicio.

Las conversaciones libre delante de niños de corta edad es lo más corriente, suponen que esos pequeñuelos no comprenden nada, y es todo lo contrario, todo lo entienden y cuando menos, comienzan a agudizar sus cerebros para entenderlo todo.

Se habla de los escándalos sociales con toda libertad, que fulano se divorció, que se volvió a casar civilmente, que doña fulana la corteja don fulano de tal que es un señor casado, que la señorita tal le está quitando el marido a tal señora, que se volcó un auto y que iban tales y tales adentro, qué horror y así por el estilo, se deshacen las honras muchas veces, otras se divulgan hechos que no es necesario que los conozcan nuestros hijos, y ojalá jamás se dieran cuenta de tanta degradación de la sociedad, para que no se desilusionaran de la vida antes de tiempo.

Si se ignoran muchas debilidades de la sociedad nuestros hijos no se escandalizarían al ver que en esa sociedad la señoras que han dado que hablar y de las que se dicen tantas cosas feas, son las que son más atendidas por nuestra sociedad. Qué desilusión para una niña pura, debe ser, observar que las muchachas locas y las señoras débiles son las más atendidas, qué mal ejemplo para ellas.

Volvamos a insistir sobre la pureza de las almas. Los niños son templos vivos del Espíritu Santo, su pureza virginal es de procedencia divina, el bautismo los colmó de la gracia santificante, Dios se complace en la pureza de los ni-

ños, son su predilección; su mayor satisfacción es que lo reciban en su corazón.

Reflexionemos en la enorme responsabilidad de las personas que violan ese templo sagrado del alma de un niño, imaginemos el daño inmenso que les hacemos abriéndoles el camino de la concupiscencia, imaginémosnos las consecuencias de nuestro error, de nuestro descuido. El primer conocimiento contra la pureza de un niño puede ser la fatal caída de esa alma. Qué responsabilidad ante Dios, que por nuestra lengua, se pierda un alma y vaya a los infiernos y después nosotros mismos tendremos que recibir también el correspondiente castigo.

Reflexionemos bien en esto y que jamás se vuelvan a tener delante de nuestros niños, de nuestra juventud, conversaciones libres, de doble sentido, ni criticar, ni comentar escándalos sociales, ni relatar vidas ajenas, ni desprestigiar a nadie, que la boca sea santa, que sólo sirva para alabar a Dios, para bendecirle, para recibirle en nuestro corazón, para un buen consejo, para instruir al que no sabe, pero jamás para faltar a la caridad ni para escandalizar a nadie.

Hay un defecto muy común y es el de tratar de indagar lo que no se sabe; se pregunta muy finamente sobre la persona y poco a poco se descubre todo, y más si se está delante de una persona que todo lo sabe. La persona preguntona no divulgó nada, no criticó, por su boca no salió una sola palabra contra la caridad. Pero, ¿quién fué la culpable de la falta de caridad con el prójimo que tuvo la persona que divulgó lo que sabía? La preguntona, ella es la más responsable, si no hubiese tratado de inquirir finamente lo que quería saber, la otra no hubiera hablado. Así es que lo mejor es no preguntar y si alguien habla del prójimo tratemos de impedir la conversación.

Conocemos muchas personas cuya boca es sagrada, dichosas, la muerte les llegará y no tendrán que expiar su falta de caridad en las conversaciones.

No debemos olvidar que los niños son templos del Espíritu Santo y que debemos respetarlos como tales y que nuestra lengua debe servirnos solamente para alabar y santificar a Dios.

Renán

El impío Renán, en su libro "Recuerdos de infancia" dice: "Tuve la fortuna de conocer la virtud, sé lo que es la Fe. Conservo de aquel tiempo pasado una preciosa experiencia. En una palabra siento que mi vida se halla gobernada por una fe que ya, por desgracia, he perdido". En verdad, la fe tiene esta particularidad que aunque haya desaparecido de un corazón, sin embargo s'gue impe-

rando. De allí que todo radical que exteriormente hace alarde de insulsa incredulidad, sin embargo, en su interior siente remordimiento, malestar, miedo y terror y buscar continuamente diversiones, amigos de la misma calaña para hogar su desasosiego interior. Si fueran francos, confesarían que así es.

Hablemos sobre nuestra modestia

Difícil cosa es hablar de modestia en un siglo tan corrompido como el nuestro, en que se alaba el vicio y se vitupera la virtud.

Y es que en un siglo en el que se rechaza toda norma de moralidad, alegando que el Papa no entiende de modas, para entronizar la moda de París en que unos modistos, más o menos directamente mediatizados con la masonería, nos quieren imponer, se ha llegado a la aberración más catastrófica y al más lamentable confucionismo. Nó; el Papa, como supremo Maestro de la moral, cumple santamente con una sagrada obligación cuando anatematiza la moda inmodesta, como llama la

atención de las jóvenes y mujeres católicas para que en nuestro vestir nos amoldemos por completo a lo que exige la ley de Dios, que es ley de pureza y santidad.

Por tanto, confucionismo, nó, sino, por el contrario, ideas claras, que nos conduzcan fácilmente a obedecer y nos eviten la maldición de Dios.

Cuatro veces se abrieron para maldecir aquellos labios que no supieron sino derramar palabras de consuelo y de perdón.

Aquellos pies, que se fatigaron buscando la oveja perdida; aquellas manos, que remediaron tantos padecimientos; Aquel que

pasó por la tierra haciendo bien, y que hasta en las terribles horas de su agonía en un patíbulo no supo sino olvidar y perdonar, ha pronunciado los anatemas más trascendentales en la historia de la Humanidad. Y no son sus reproches, ciertamente, ni para la Magdalena la pecadora, ni para los discípulos que le abandonan, ni para los soldados que le abofetean, ni para los mismos que le crucifican. La traición de Judas, la hipocresía de los fariseos, las profanaciones del Templo, el pecado del escándalo, he ahí el objeto de la ira del Señor.

Pero de todos estos pecados, el mayor es aquel de que Jesús dijo: "Mejor le sería al que escandaliza que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y lo arrojasen al mar".

"¡Ay del mundo por razón de los escándalos!". Y este lamento airado del Salvador parece como que tiene resonancia en todos los siglos de la Historia. Desde los tiempos más remotos Dios ha castigado y castiga con las palabras más duras y con los hechos más fulminantes la falta de modestia. "Viendo Dios dice Moisés en el Génesis —que el hombre era muy carnal y que todos los pensamientos de su corazón se dirigían al mal continuamente dijo. "Yo raeré de sobre la faz de la tierra al hombre a quien crié". Y envió Dios el diluvio universal, el más grande que se ha registrado en los anales del mundo. Castigo, sin duda alguna, y castigo por la corrupción de costumbres, son las desdichadas circunstancias que padecemos, y estemos seguras de que no se dispararán los negros nubarrones de la persecución entre tanto no se advierta en nosotros una enmienda ejemplar y una severa penitencia.

"Mejor le fuera a tal hombre el no haber jamás nacido". Es la maldición que pesa sobre Judas. ¿No pesará también sobre la que por un vestido, por una mirada, entregan al "Hijo del Hombre"? ¿No somos también de las que hemos convertido la Casa del Señor en "guarida de ladrones", robándole almas por la tarde con el mismo cuerpo con que por la mañana le dábamos adoración?

"Si ojo derecho es para tí ocasión de escándalo, sácale y arrójale fuera de tí", ha dicho el Señor. ¡Joven que precias de tu alma, que quieres amar a Dios! Ante la moda indecente, ante la cinta inmoral, ante la lectura, la amiga, la conversación peligrosa, pon toda la fuerza de tu voluntad y del deber con un enérgico "no puede, no debo, no quiero" (Pío XI).

No pretendo negar que sea difícil. ¿Acaso es fácil "andar sobre ascuas sin quemarse las plantas de los pies"? ¿No nos ha dicho el Señor que debemos ser como "azucenas" de pureza, cuya blancura defiendan las espinas de la mortificación?

Hemos de pasar por la tierra como el rayo de sol, atraviesa las aguas más corrompidas, sin romperse ni mancharse; sabiendo que nuestro fin no es la tierra, como la paloma que soltó Noé, que "no hallando donde posar su pie, porque las aguas cubrían la tierra, se volvió al Arca". Como nos narra el Génesis.

"Vigilad y orad para no caer en la tentación, porque si bien el espíritu está pronto, más la carne flaca", dijo Jesús a sus discípulos. El medio, pues, más eficaz para conservar toda su nitidez esa blancura inmaculada, es la piedad. Pero una piedad convencida de aquella verdad que se lee en los libros sagrados; "y el ojo del Señor le seguía por todas partes"; una piedad sólida, que al alimentarse cada mañana del "trigo de los escogidos y del vino, que engendra vírgenes", le dice al Señor del fondo de su alma: "Haced, Señor, que conservemos en un corazón puro lo que acabamos de recibir . . . y concédenos que no quede en nosotros mancha alguna de pecado después de que nos hemos alimentado de Sacramentos tan puros y tan Santos" como dice la liturgia de la Misa. Y, una filial devoción a la Santísima Virgen, que Ella, mejor que nadie, nos hará comprender todo el gran significado de aquel "Porque fui pequeña agradé al Señor", hermosas palabras del "Magnificat, o canto de la Virgen.

La modestia es la virtud mejor recompensada, no sólo en el cielo, sino también en

esta vida. Da a la inteligencia esos vuelos elevados, esas miradas de águila que confunden. "Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios". Y no tardó en cumplir su palabra el que es Todopoderoso, pues "Venida la mañana—dice San Juan—se apareció Jesús en la ribera, pero los discípulos no conocieron que fuese El... Entonces, el discípulo aquel que Jesús amaba dijo a Pedro: "¡Es el Señor!" Ver a Dios es la recompensa prometida a los que, como "el discípulo que Jesús amaba", son limpios y puros de corazón.

Da al corazón una sensibilidad exquisita capaz de todos los heroísmos; al cuerpo, ese vigor especial que hacía decir a Ricardo Co-

tazón de León dirigiéndose a los sarracenos sorprendido de su fuerza: "Soy fuerte porque soy puro". Infunde en la mirada y en semblante una claridad encantadora, algo que cautiva, que atrae, que inspira una simpatía respetuosa.

¡Niña o señora que lees estas páginas! Acude cada día a tu Madre del Cielo y pide ese

"algo que no da natura,
se lo dará a tu hermosa
la Virgen de la Montaña."

como dice Gabriel y Galán.

Ma. J.

El remedio misterioso

Llegó un día a un convento de PP. Capuchinos una mujer de pueblo. Entró en la capilla, se puso de rodillas y lloró amargamente. No se sabe todavía, cuán desgraciadas son las mujeres, pobres mártires incomprendidas. Eso es lo que decía la señora Nicolás, nuestra buena mujer, enjugándose con una punta de su delantal sus lágrimas.

El P. Guardián, venerable anciano de larga barba blanca, de mirada compasiva con reflejos de malicia, rezaba su breviario no lejos de allí. Al oír los sollozos se aproximó y dijo:

—¡Sin duda tenéis y lamentáis alguna gran desgracia, pobre mujer!

¡Oh sí, Padre mío; soy muy desgraciada! Dios sin duda os ha traído, porque creo que me sentiré aliviada contándoos mis penas. ¿Podéis concederme algunos instantes?

Con mucho gusto: venid al locutorio y decidme lo que queráis.

Apenas entraron en la humilde estancia, cuando la señora Nicolás, redoblando sus sollozos y sus lágrimas, contó su desgracia.

Tenía un marido, de buen corazón sin duda, y trabajador. En el fondo, ella lo ama. ¡Cómo lo cuidaba cuando estuvo enfermo!

Pero he ahí, que es un pobre impaciente, un mal carácter... violento...

—A mí no me gusta, interrumpió el padre, que en mi presencia se hable de los defectos del prójimo. Si estuviéramos en el confesionario, os daría como penitencia tres Ave-marías, por vuestros pecados, y tres días de ayuno riguroso por las faltas de vuestro marido. Puesto que las acusáis, bien justo es que hagáis penitencia por ellas.

Sois severo, Padre mío, dijo la mujer, que aún sollozaba.—Si mi marido se contentase con ser impaciente; pero me golpea, me golpea inhumanamente; cuando monta en cólera ya no sabe lo que hace.

—Y con todo, según me habéis dicho, es un buen corazón y tiene excelentes cualidades.

—Sin duda, Padre mío, pero se irrita fácilmente y entonces...

—Entonces, pega.

—Justamente.

—Dígame, buena mujer interrogó el Padre después de un momento de reflexión; ¿cuando vuestro marido llega a casa, está ya colérico?

—Colérico, no; sólo de mal humor y a

todo encuentra faltas. Poco a poco se va aumentando la cólera.

—Y usted le responde, sin duda.

—Yo le digo que tiene un mal carácter, que a ratos parece que no tiene entrañas. El se enfurece un poco, y yo le contesto al mismo tono y siempre termina lo mismo: golpeándome.

—¡Es grave! ¡es grave!, dijo el Padre pasándose la mano por la barba; sin embargo, yo creo que hay un medio de endulzar a vuestro marido y cambiarle.

—¡Ah, Padre mío, si pudieses hacer ese milagro!

—Yo no hago milagros. Pero tengo una agua maravillosa, de la que se cuentan prodigios. Os voy a dar un frasquito. En cuanto oigáis que vuestro marido entra en casa, tomaréis un sorbo y la guardaréis en vuestra boca un cuarto de hora. Estoy casi seguro que no os pegará.

—¡Oh, gracias, Padre mío, cuan bueno sois!

—Adiós, observad bien mi recomendación. Vendréis dentro de ocho días y ya me diréis cómo os va!

Aún no había transcurrido la semana entera, cuando la mujer volvió al locutorio, radiante de alegría. Y el buen Padre disimuló una sonrisa burlona, y haciéndose el desentendido le preguntó:

—¿Y qué tal con el remedio?

—¡Ah, Padre mío, es una maravilla! Estoy asombrada. ¿Es agua bendita, o agua de Lourdes, u otra agua milagrosa?

—Veamos; ¿qué ha sucedido?

—El primer día, apenas entró mi marido, como de ordinario, con humor malísimo, empezó a renegar. Yo en seguida, tomé un sorbo del agua milagrosa, sin que él lo notara. Mientras que él se impacientaba, yo decía en mi interior: "Grita, amigo mío, disputa, que ya no tengo nada que temer de tí". Gritaba aquel día, cabalmente, como un energúmeno, y casi por un momento llegué a dudar de la eficacia de vuestra agua. Me costaba mucho retener el agua en la boca, pues tenía unas ganas de responder a las injurias con las in-

jurias; pero no podía hacerlo a causa de vuestra prescripción. Permanecí, pues, tranquila, y bien que me valió, pues como por encantamiento, mi marido se fué aplacando poco a poco y hasta me dió sus excusas. ¡Ah, Padre mío, sois un gran santo! He ahí un remedio maravilloso.

—No, hija mía, yo no soy un santo, dijo el capuchino con tono alegre; pero continuad tomando el remedio. Durante un mes, todos los días la señora Nicolás, tomó el cansabido sorbo, y tuvo que convenir que el resultado fué mucho más allá de sus esperanzas. No solamente su marido no se encolerizaba, sino que ella misma, con mejor humor, y con menos desaliento, cuidaba mejor de la cocina, y tenía la casita tan limpia y ordenada, que el hombre llegó a ser un hombre festivo, amable y de un humor encantador.

—¿Quién ha cambiado a mi mujer?, decía él.

—¿Quién ha vuelto a mi marido tan dulce? ¡Ah, ya lo sé yo bien!, pensaba la señora Nicolás. Después de un mes de prueba, la mujer no pudo más.

—En fin, Padre mío, me vais a decir el secreto de esta agua misteriosa, que a devuelto la paz a mi hogar, y me ha hecho tan feliz.

—Hija mía, es agua de la fuente, ni más ni menos.

—¡Cómo! Usted, Padre, se burla de mí.

—En modo alguno. Es, te vuelvo a repetir, agua clara. Pero entiéndelo bien: mientras tenías el agua en la boca no podías responder a tu marido. Viéndote en calma, él se calmaba. He ahí todo el misterio. Ahora ya no tenéis necesidad del agua. Continúad siendo dulce y paciente.

Su Mejor Regalo de Navidad

*Para caballeros lo
encontrará Ud. en el*

ALMACEN FEOLI

TELEFONO 2755

Normas sociales

Es censurable en una mujer que fije su vista con insistencia en los hombres cuando va por la calle o se halla en algún sitio público. Ese modo de conducirse da margen a suposiciones diversas y está reñido con su lógico amor propio y la estima en que debe tenerse.

—:—

Volverse, para ver a una mujer o a un hombre que hayan pasado a nuestra vera supone una incorrección tan común como sería. Sólo sería disculpable esa actitud si involuntariamente se hubiese dejado de saludar a un conocido o amigo. Quien se aprecie de educado jamás caerá en tal ligereza.

—:—

Prestar oídos a toda palabra que se escuche en la vía pública, desvivirse por adivinar la intención y la médula de una conversación, ya sea en una sala o en un tranvía, etc., demuestra una falta de tacto que si en persona de apariencia vasta, inculta, se tolera, perdonándola, en cambio significa grosería, insolencia, si se nota en gentes dotadas de una cultura regular.

—:—

Atender al primer caballero que musite frases dulces a nuestro paso es darle una autorización tácita para que persista en el cortejo. Sin embargo, elementales reglas de comportamiento vedan esta conducta y ponen límites estrictos a la confianza que puede con-

cedérsele a un desconocido en la calle. Ser correcta no es pecar de orgullosa, sino revelar dignidad.

—:—

A las damas, los ancianos y a los niños siempre han de dejárseles libre el lado de la pared. La joven que pase por alto esta norma antiquísima de cortesía con el pretexto del modernismo imperante, aún en las calles de mucho tránsito en las horas propicias para el paso, sólo logrará destacar su postura liberal por más que en su fuero interno se trate de una niña correctísima.

—:—

En las exposiciones, conferencias, actos públicos, el cuchichear constantemente, sofocando risitas, implica desconsideración para las demás personas y por ende para la persona o personas que sean objeto de la reunión. Tiempo existe de hacer comentarios y apreciaciones cuando se salga de ese lugar, para así no pasar por indiferentes.

—:—

Todas las desavenencias que pudieran suscitarse en el seno del hogar es de prudentes no divulgarlas y menos mencionar en rueda de amistades, aunque las personas que pudieran escucharlas gocen de la más absoluta confianza.

Ciertos aspectos de la existencia íntima no han de exponerse a los comentarios y es de pésimo efecto tocarlos.

JULIA DE WOODBRIDGE

EN

“EL CHIC DE PARIS”

ACABA DE RECIBIR:

Linos para manteles y tapetes; preciosos trabajos de mano para regalos de Navidad; hiladillas D M C en colores; artiselas y filosedas; lana Baby para tejer, agujas para tricot en todos los gruesos. Medicitas Bebé en seda e hilo. Bournons para Babys en todos colores, pantuflas para señora desde ₡ 7.50 y para niños desde ₡ 3.00. — No olvide separar su acción para Navidad del Club B B que empezará el 1º de Diciembre.

ALFONSO QUERAL

Novela por Rafael Pérez y Pérez

(Concluye)

Silda desfallece. Instintivamente, busca en torno un asiento porque se da cuenta que las piernas se le doblan y va a desplomarse. El comandante la conduce de un brazo hasta el banco de piedra inmediato y sigue diciendo, sin aparentar advertir la emoción de Silda para no aumentarla más.

— con la condición de no excitarle, removiendo cosas pasadas que puedan obligarle a hacer ningún trabajo mental. Queda entendido que usted se siente a los pies de su cama sencillamente como si volviese de darle un recado a su ordenanza, pongo por caso. Nada de exclamaciones, ni saludos, ni lágrimas, nada que pueda hacer vibrar la cuerda de la emoción.

Todo el desmadejamiento de la muchacha ha pasado como por encanto. Se levanta. Una nueva energía pone un aspecto de salud y de fuerza en su consumida personita. Sonríe, yergue dichosa y feliz la cabeza y en sus pupilas fluye una luz inefable.

He comprendido, comandante.

De pronto, se alarma y repliega asustada.

—Oiga usted: ¿y no habrá peligro de que la enfermera me eche del cuarto? Porque esa mujer no puede verme.

El comandante médico, mientras la ofrece el brazo para regresar al interior, rompe a reír regocijado.

—¿Quién, la Maluenda? Ni pensarlo. Es una esclava de la disciplina, y ya procuraré yo darle mis órdenes sobre el particular de una manera explícita.

—::—

A pesar de ello, Silda entró al día siguiente en el aposento de su marido acompañada de María Ana, la enfermera la obsequió con recelosas miradas de perro dogo. Poniendo alguna atención, se la hubiese podido oír dando gruñidos entre dientes, protestando de la complacencia del comandante médico. Pero no dijo nada. Contentóse con graduar, atenuándola, la luz que entraba por la ventana

y con preparar la poción que debía tomar el enfermo en cuanto despertase.

La Marquesa hizo sentar a Silda al lado de la cama y volvió a salir para oír la santa misa que iban a celebrar en la capilla del hospital, donde ya la aguardaba don Prudencio. En el buen señor se había afectado, al contacto con la tribulación, esa reacción que acerca a las almas a Dios y ahora buscaba con ansia los consuelos de la religión, dando de lado a su indiferencia.

La campana de la capilla dejó oír su último toque. Aquellos sonidos tan vibrantes, que tenían una resonancia armoniosa en la serenidad de la mañana otoñal, despertaron a Alfonso y, al despertar, el asombro de ver a Silda a los pies de su cama —a Silda que era su obsesión, a quien había estado llamando en balde en el delirio de su calentura— puso en sus labios la misma frase que quedara flotando en ellos cuando le acometió el desmayo que le puso a dos dedos de la muerte.

—Pero, Silda! ¿Eres tú?

Bajo la mirada de acero de la enfermera, cargada de amenazas, Silda dominó su emoción.

—Yo misma. ¿Cómo has pasado la noche? —dijo con bien fingida serenidad.

—¡Ah, muy bien! Ahora no me veo harto de dormir. Pero, ¿qué haces que no te acercas? —se extrañó el aviador.

Silda puso en la enfermera una mirada rencorosa. Estuvo a punto de decirle a su marido:

“Es que tengo miedo que me saque de aquí la señorita Maluenda”.

Pero no lo dijo. La enfermera se acercaba con la poción.

—¡Qué! ¿Ya viene a darme el chocolate de todos los días? —se echó a reír Alfonso. —Bueno, estoy de potingues.

—En seguida le traigo la leche con galletas. Ahora tiene usted que ser más dócil que nunca y tomar todos estos reconstituyentes que

han de ponerle en condiciones de levantarse pronto...

—¡Ah!, ¿sí? ¿De manera que a usted le parece que voy a levantarme pronto? ¡Cuán-do será el día! Creo que no sabré ya andar y me habrán de enseñar ustedes como a un niño...

Silda oía estas frases de Alfonso que le recordaban el chofer optimista y despreocupa-do; y se veía en sus ojos la impaciencia que le causaba la presencia de la enfermera que le impedía hablar de sus cosas con su mujercita, y ella misma se sentía extraña-mente nerviosa. ¡Qué mujer tan incompre-n-siva y dominatona, Señor! ¿No se le ocurría pensar que estaba estorbando? O quizá ya lo sabía y gozaba fastidiándoles adrede...

Alfonso bebió su medicina.

—¡Qué cosa más mala! Es amarga...

Y entonces la señorita Maluenda, sin per-der su impacibilidad, se marchó a traer, el desayuno de Alfonso.

Verla desaparecer, abrir los brazos y llamar a Silda con todas las fuerzas de su ser, fué obra de un segundo; pero Silda se mantenía en pie, con aspecto de reo que espera el indulto.

Lentamente, se deslizó hasta el suelo, de ro-dillas.

—¿Qué haces, muchacha?

—Me arrodillo y te pido perdón... y te ruego me permitas seguirte como un perro fiel dondequiera que vayas... El otro día ya te lo dije, pero no pudiste contestarme. Y no me levantaré de aquí hasta...

Se detuvo aterrada. ¿Qué estaba haciendo? ¿No le había prohibido el médico atormentar a Alfonso con ninguna emoción? Pero Alfonso Queral se estaba riendo y en todo pensaba menos en hacer una escena.

—¿Serás infeliz? Levántate antes de que yo me tire de la cama y te coja de una oreja como a los niños malos. Ya ves que no me conviene hacer esfuerzos violentos. Bueno, así. Y ahora... ven. ¿Es que no quieres besarme? Pues mira, te advierto que las heridas no se pegan...

—No es eso...

—¡Ah!, ¿no? Entonces es que te lo ha prohibido el médico —insinuó Alfonso en tono zumbón.

—No. El médico me dijo solamente que no te impusiera ningún trabajo mental.

—Entonces... Porque yo creo que el besar al marido no es precisamente un trabajo men-tal.

—Es que le tengo miedo a la enfermera. ¡Si entrara...!

—Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia!

Si entrara se le harían los dientes largos, pobrecilla... ¡Es soltera, y tiene cuarenta y tantos años! Pero es una excelentísima per-sona; me ha cuidado maravillosamente.

Silda, se ha acercado por fin a la cama sin dejar de mirar llena de recelo, la puerta en-tornada por donde teme ver aparecer de un momento a otro la espantosa silueta de la se-ñorita Maluenda.

—¡Aprisa dame un beso, Silda, antes que venga! —se burla Alfonso divertidísimo.

Y al fin llega la enfermera y sorprende a Silda sentada al borde de la cama, estrecha-mente abrazada en su marido. Les fulmina una mirada cargada de reproches y va a ha-blar; pero Alfonso, adrede, por escandalizar-la, por vengarse un poco de su ridícula incom-prensión besa apasionadamente a su mujer que pugna por desasirse asustada. Entonces, la señorita Maluenda, se yergue muy digna, deja la bandeja del desayuno sobre la mesita y sale del aposento dando un irreverente por-tazo. No quiere autorizar con su presencia se-mejantes desmanes. Aquello es indecoroso; no debía tolerarse...

—¿Tú ves? ¿Qué va a pasar ahora? —se lamenta Silda levantándose disgustada. — Sabe Dios lo que dirá el comandante médico.

—No te preocupes. El comandante médi-co hace tres meses que es casado y se lo ex-plica todo perfectamente. ¿Crees que va a ser tan imbécil como para privarle a un marido que abraza a su mujer después de tanto tiem-po de ausencia y de tantas cosas como han pa-sado entre tú y yo? Y la señorita Maluenda volverá a aparecer con implacable puntuali-dad en cuanto sea la hora de darme la po-

ción. Descuida. Es una esclava de su obligación.

—Bueno. Te daré yo el desayuno entonces.

Le ayudó a incorporarse, abrigóle con un chal de lana, púsole un par de almohadas a la espalda... Alfonso devoraba con un apetito de lobo.

—Mañana me levanto, Silda; y en cuanto me den el alta nos largamos a Queral, a conocer el nene.

Una ternura infinita dulcificaba los ojos de Alfonso al nombrar al pequeño.

—Es bonito, ¿verdad?

—Es igual que tú... —Afirma Silda, convencida; pero tiene los ojos míos. Y te quedará en seguida. Es muy cariñosillo.

Surge una pausa larga. Alfonso aparta la bandeja de su desayuno donde no ha dejado ni una migaja.

—Oye, Silda; ahora me darán un permiso y luego tendré que volver aquí... —dice con manifiesta inquietud.

No olvida las aficciones mundanas de su mujer, que no quiso ir a la base de Los Alcázares. ¿Cómo ha de querer estar en África? Y como le seduce a Alfonso la idea de estar separado de ella y del niño. ¿Cómo se va a arreglar aquello?

Silda siente que la invade un júbilo loco. Da gracias a Dios que le proporciona ocasión de poder probar a su marido que no hay nada en el mundo que ella no sea capaz de hacer por él, y, suavemente —¿cómo parece ahora una mujer nueva! —declara:

—No te atormentes pensando en eso. Si buenamente se les ocurre trasladarte, bien; y si tienes que volver a África, igualmente bien. Quiero decirte que a donde te destinen, iré yo; pero feliz, con gusto, con alegría. Aquella muchacha egoísta y loca que te quiso hacer renunciar a tu carrera, que no quiso seguirte a Los Alcázares, ya no existe. Esta mujer de ahora, es "tu mujer", la compañera de todos los momentos, la que tiene el derecho y el deber de seguirte, vayas donde vayas.

—¿Silda, mi vida!

—¿Sí; compenetrados los dos, absolutamente, Alfonso! Donde tú vayas estará mi mundo,

y contigo y con mi hijo al lado, seré siempre idealmente feliz. No, no; calla, no te exites, no quiero que me digas ni una palabra. Es una reparación que te debo en justicia; pero hasta en este momento en que parezco generosa, soy una tremenda egoísta...

—¿Sí?

—Naturalmente, porque el estar contigo... ¡contigo, Alfonso! es el supremo anhelo de mi corazón...

Dos golpes en la puerta; entra el practicante, aquel estudiante de Medicina, finito y amable y en todo su aspecto retoza la risa.

—Buenos días, mi capitán. Vengo a tomarle la temperatura, porque la señorita Maluenda está muy enfadada.

—¡ Ah !, ¿de veras? No haga usted caso. Es que tiene envidia a mi mujer... —bromeó Alfonso. —Dígale usted que no sea tonta y que vuelva, que no puedo vivir sin ella.

Hay un concierto de risas que sorprende gozosamente a don Prudencio y María Ana, cuando entran. Los tres jóvenes: Alfonso Queral, Silda y el practicante...

—E P I L O G O—

El automóvil paró con mucho trabajo ante la portada ancestral del Palacio. La muchedumbre invadía la plaza, vitoreando al Marqués de Queral. Era una recepción entusiasta y espontánea que daba la medida del profundo afecto que profesaban sus paisanos al capitán aviador.

Cuando su elevada estatura se irguió en el estribo del coche y a la luz desvaída del anochecer se percató la gente de la tremenda cicatriz que le hundía la sien hasta buscarle la oreja, su palidez de convaleciente y su delgadez extremada, el clamoreo arreció mezclándose con lágrimas y bendiciones. Cien brazos amigos se extendieron hacia él para ayudarlo a bajar; pero Reig y su hijo, José Miguel, fueron los que alcanzaron el privilegio. Después, mil manos callosas y temblonas que buscaban la suya, un alboroto unánime de saludos, un desbordamiento de cordialidad y el avance casi imposible hasta su casa..., !su

casa!, cuyas puertas se abrían de par en par para recibirle en el zaguán evocador, profusamente iluminado y vestido con los repuestos de las grandes solemnidades.

Toda esa gran manifestación de afecto, conmovía a la Marquesa y a don Prudencio, quienes a duras penas pudieron abrirse paso entre la muchedumbre. Al fin, Alfonso Queral, logró trasponer los umbrales de su casa solariega y entonces... Este fué el verdadero momento en que la emoción le ganó por completo, avasalladora e inmensa. Silda estaba allí, como un símbolo, como una promesa, quizá también como una evocación, bajo el arco venerable en cuyo centro, el escudo de los Queral se cobijaba amparado bajo la corona del Marqués, entre dos figurones cubiertos con armaduras pertenecientes a legendarios antecesores. Estaban allí... y tenía en sus brazos a una criatura alegre, sana y robusta que le miraba con los ojos muy abiertos.

Alfonso salvó en dos saltos la distancia y cogió al niño de entre los brazos de la madre, besándolo con locura, en una gloriosa exaltación de su paternidad. Después, lo apartó un poco para mirarlo bien. Y entonces el niño, le sonrió y, al sonreír, se le marcaron en las mejillas dos hoyuelos... Luego... ¡aquéllo sí que le pareció a Alfonso maravilloso!, el nene extendió sus bracitos, paseó por su cara las manitas gordezuelas —bajo este roce de seda Alfonso se sintió desfallecer— y al fin se acurrucó tranquilamente sobre su pecho. Entonces, rodeó a Silda con el brazo que le quedaba libre y empezó a subir las majestuosas escaleras.

La licencia de convalecencia, pasó el marqués de Queral en el Puig, por indicación de los médicos. El aire balsámico de los pinos, acabó de fortalecer su estado general, con ellos estuvieron la Marquesa y don Prudencio, que no se resignaban a vivir sin el nieto. Silda era la mujer nueva que salió purificada y limpia del crisol del dolor; y la mujer que Dios había acercado a Sí a través de las penas y las tribulaciones. Por unos días, estuvo con ellos Rosario Valverde, encantada de ver

el rumbo que habían tomado los acontecimientos. La única que se manifestaba llena de poca satisfacción, era Vicenta; sobre todo cuando supo que Alfonso Queral volvía a Marruecos y que Silda cometía el disparate de seguirle y llevarse al niño, se desató en un torrente de diatribas contra su sobrina y Alfonso.

—Eres una idiota, hija, y dispensa que te lo diga. En el matrimonio —ya te lo he dicho mil veces— el que se adelanta es el amo, y tú has consentido que ese orgulloso te domine. Bonita vida te espera. ¡Si que ha hecho un casamientazo! Para ir a enterrarte en Melilla —que sabe Dios cómo te tocará vivir en aquel desierto lleno de morazos— no valía la pena que hubieses vuelto con él... Pero, ¡claro!, después de todo lo pasado, aún fuiste a levantar la albarda, y lo que él diría: ahora ya sé que soy el amo, y no te queda más sino pasar por donde a mí me de la regaladísima gana. ¡Si tú me hubieras creído a mi y hubieras pedido el divorcio! Ya ves, con tu dinero, y joven, y guapa y bien relacionada... ¡Pues no hubieras ganado el ciento por uno! Y así, ¿qué...?

Ceñuda, grave y fría, la silueta de don Prudencio Monllor se perfiló en el vano de la puerta. Vicenta calló como una difunta.

—¿Sabes lo que he pensado, Vicenta? —dijo glacial el millonario.

Vicenta se encogió, esperando el golpe.

—No sé...

—Pues verás: estos días pasados te constituía una rentita vitalicia en el Banco de Vizcaya. Creo que con ella y tus ahorros, podrás vivir muy bien. Eres ya vieja y el cargo que desempeñas en mi casa tiene su trabajo. ¿No te parece que debes retirarte allá, a tu tierra, y descansar, que bien ganado lo tienes?

—Me echas... —murmuró Vicenta abruptamente.

—No; te licencio. Tarde o temprano tenía que llegar. Y créete que siento no haberlo hecho antes porque así...

La confundió con una mirada.

— estoy seguro de que no hubieran ocurrido muchas cosas desagradables —terminó sin disimular.

Vicenta salió de "Villa Casilda" con armas y bagajes, una mañanita de enero. Nadie supo que iba despedida. Para todos renunciaba a su colocación, ansiosa de descanso, pero casi todos se alegraron de perderla de vista. Y una mañana primaveral, en que los almendros adornaban el paisaje con la gala fragantísima de sus flores rosadas, un avión se elevó cielo arriba como un enorme caballito del diablo llevándose hacia Africa a los marqueses Queral y a su hijito.

María Ana protestó de aquella forma de hacer viajar al nene; pero Alfonso contestó

que el hijo de un aviador debía acostumbrarse a volar desde pequeño.

Y todos les despidieron sin pena, con un secreto regocijo en el corazón, desde la plataforma del Palacio donde el anterior Marqués de Queral, tuvo la desgracia de caerse.

No; verdaderamente no podían sentir pesadumbre por ellos, porque, ¡se querían tanto, eran tan felices...!

Don Prudencio y María Ana comieron juntos aquella noche. Y de sobremesa, llegó el radiograma:

"Hemos aterrizado, después de un vuelo estupendo. Alfonsito no se ha mareado."

— F I N —

¡Queremos el Crucifijo! dicen los estudiantes de Dublín

Hace poco sucedió que al entrar los profesores de la Universidad del Estado de Dublín en clase, para explicar sus asignaturas vieron con extrañeza que durante la noche habían sido colocados Crucifijos en todas las aulas. Y a raíz de una recepción dada por el decano con ocasión y de la fiesta de San Patricio, colocaron también furtivamente una cruz en su despacho. ¿Quiénes habían realizado aquella hazaña sin consentimiento de las autoridades universitarias? Los jóvenes de la Acción Católica. Y por remate, todos los universitarios aprobaron la siguiente moción, que hicieron llegar al rector de la Universidad: "El cuerpo estudiantil ha sentido una satisfacción universal con la ins-

talación del Crucifijo en todas las salas de la Universidad". Habían colocado unos noventa Crucifijos en las aulas y en las salas de reunión. Evacuada consulta con las autoridades responsables, aceptaron los estudiantes el retirarlos y confiarlos al Rector mientras toma éste las debidas disposiciones para volverlos a colocar oficialmente. La Universidad de Dublín no es propiamente católica, sino nacional, si bien la gran mayoría de los estudiantes son católicos. Prohiben sus estatutos toda ceremonia religiosa en su recinto; pero como no se trata de una ceremonia, sino de un símbolo religioso, esperan los estudiantes que serán repuestos los Crucifijos.

Fábrica de espejos RADIUS

Frente al Variedades

Para sus obsequios de Navidad, bellísimos cuadros, Paisajes. Espejos de todos tamaños y biselaos.

SE HACEN REPARACIONES DE ESPEJOS

Teléfono 3346

A. LLERANDI

Descorriendo el velo

(Las últimas palabras de Calvo Sotelo)

Días atrás, nuestro distinguido colaborador de Chile el doctor J. M. Echenique Gandarillas, describía en parte el velo que cubre la trágica muerte del ex-Ministro de la Corona española y diputado a Cortes, señor don José Calvo Sotelo.

Hoy podemos ofrecer a nuestros lectores las significativas frases que esa indiscutible personalidad pronunció, como un vaticinio, en el parlamento español, el 16 de junio último, pocos días antes de su vil asesinato.

“Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas espaldas. Su señoría es hombre fácil y pronto para el gesto de reto y para las palabras de amenaza. Le he oído tres o cuatro discursos en mi vida, los tres o cuatro desde ese banco azul, y en todos ha habido siempre la nota amenazadora. Bien, señor Casares Quiroga. Me doy por notificado de la amenaza de su señoría. Me ha convertido su señoría en sujeto, y, por tanto, no sólo activo, sino pasivo, de las responsabilidades que pueden nacer de no sé qué hechos. Bien, señor Casares Quiroga. Lo repito: mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdén ninguna de las responsabilidades ajenas, si son para bien de mi patria (exclamaciones) y para

gloria de España, las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: “Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis”. Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio. (Rumores). Pero a mi vez, invito al señor Casares Quiroga a que mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, pues que es hombre de honor; estrechamente, día a día, hora a hora, por lo que hace, por lo que dice, por lo que calla. Piense que en sus manos están los destinos de España, y yo pido a Dios que no sean trágicos. Mida su señoría sus responsabilidades, repase la historia de los veinticinco últimos años y verá el resplandor doloroso y sangriento que acompaña a dos figuras que han tenido participación primerísima en la tragedia de dos pueblos: Rusia y Hungría, que fueron Kerensky y Karoly. Kerensky, fué la inconsciencia; Karoly, la traición a toda una civilización milenaria. Su señoría no será Kerensky por que no es inconsciente; tiene plena conciencia de lo que calla y de lo que piensa. Quiera Dios que su señoría no pueda equipararse a Karoly”.

Memorables e Históricas palabras de Gil Robles en una de las últimas sesiones de las Cortes

Media Nación no se resigna a morir

Desengaños, señores Diputados, una masa considerable de opinión española que por lo menos, es la mitad de la nación, no se resigna impasiblemente a morir; yo os lo aseguro. Si no puede defenderse por un camino se defenderá por otro. Frente a la violencia que allí se propugna surgirá la violencia por otro lado, y el Poder Público tendrá el triste papel de espectador de una contienda ciudadana, en la que se va a arruinar, material y espiritualmente, la nación. La guerra civil la impulsa por una parte la violencia de aquellos que quieren ir a la conquista del Poder por el camino de la revolución; por otra, la está animando, sosteniendo y cuidando la apatía de un Gobierno que no se atreve a volverse contra sus auxiliares, que tan cara le es-

tán pasando la factura de la ayuda que le dan.

Su señoría, como le recordaba el señor Calvo Sotelo, va a traer unos proyectos que significan el responso del sistema parlamentario. Yo creo que Su Señoría va a tener dentro de la República quizás otro sino más triste, que es el de presidir la liquidación de la República democrática. Si no se rectifica rápidamente el camino, en España no quedará más solución que la violencia: o la dictadura roja que aquellos señores propugnan o una defensa enérgica en los ciudadanos que no se dejan atropellar; por ninguno de los dos caminos la farsa de un sistema parlamentario que sirve, pura y exclusivamente, de trampolín para el asalto revolucionario de los grupos obreristas.

CLEMENCIA, NO; JUSTICIA

Yo no vengo a pedir clemencia; ni vengo a solicitar del Gobierno más que justicia. Que lo piense, no es una amenaza nuestra; nosotros no cambiamos de camino; es que la opinión puede tomar por otros derroteros, y cuando la guerra civil estalle en España, que se sepa que las armas las ha cargado la incuria de un Gobierno que no ha sabido cumplir con su deber frente a los grupos que se han mantenido dentro de la más estricta legalidad. Ahora si Su Señoría pretende establecer una norma de convivencia, los hechos lo dirán muy pronto. Han pasado unos meses de anarquía. Su Señoría no

se podrá quitar jamás de encima esa mancha; quizás pueda atenuarla con la actuación en el futuro. Si para entonces es necesaria una convivencia, ¡ah!, nosotros estamos dispuestos a ella, no por Su Señoría ni por los partidos que le siguen, sino por un ideal supremo que es el interés de esta patria que dice Su Señoría que siente tan profundamente, y que nosotros, aunque no lo digamos a todas horas, la sentimos y practicamos. Por esa patria, lo que sea necesario incluso nuestra desaparición si los grandes intereses nacionales lo exigieran; pero no una desaparición cobarde, entregando el cuello al enemigo; es preferible saber morir en la calle a ser atropellado por cobardía. (Grandes aplausos).

La Bandera Española Gualda y Roja

Tú eres España: que eres Galicia, con sus verdos;
(dorsos;

Y eres Valencia, con sus naranjos y limoneros;
Y eres Navarra, con sus peñascos y ventisqueros;
Y eres de Murcia la fértil huerta, jarrón de flores;
Y eres los puertos del viejo Cádiz, con sus salinas;
Y eres la Mancha, con sus hidalgos y sus solares;
Y extremadura, que tiene a gala sus encinares,
Y la Alpujarra, que escala el cielo con sus colinas.

Tú eres Cantabria, del mar soberbio dominadora;
Tú eres Asturias, plantel fecundo de paladines;
Tú eres Granada la de palacios y jardines
Por los que el moro, tras lueños siglos, suspira y
(llora.

Y ambas Castillas, de rubias mieses, tranquilos
(mares;

Y Cataluña, de hombres de acero, potente y rica;
Tú eres el Ebro, do se retrata la Pilarica;
Tú eres el Betis, que riega vides entre olivares.

En esos pliegues, de sangre y oro fúlgido mote,
Vive la historia del pueblo hispano recopilada;
Tú eres Teresa, de amor divino transverberada;
Tú eres Cervantes pasmando al mundo con su
(Quijote.

Y eres Rodrigo, con tu Tizona, del moro espanto;
Y eres Colombo, trocando joyas por carabelas;
Y eres la veste de que se ciñen las Isabelas,
Como en los pliegues esplendorosos de regio
manto.

Y eres Herrera, con la elegancia de sus pinceles;
Y eres Pizarro, con sus empresas, dignas de Ho-
(mero;

Y Austria el Glorioso, con su invencible tajante
(acero.

Y eres Velázquez, con los prodigios de sus pin-
(celes

Y eres Alonso, Ramiro, Jaime, Ferrán, Pelayo...
Y eres las Navas, y eres Otumba, y eres Pavia,

Y eres Numancia, Clavijo, Breda... ¡y en solo un
(día

La nueva Troya de la epopeya de Dos de Mayo!
Tú eres el habla, Lengua de santos y capitanes;
Raudal de perlas limpio y sonoro, que se desata
Por superficie tersa y bruñida de rica plata,

Con sus modismos, sus locuciones y sus refranes.
Tú eres la lengua, rica de giros, fecunda en voces,
que fué a otros mundos, salvando mares, ven-
(ciendo reyes,

De zona en zona, domando pueblos, dictando
(leyes

Y almas ganando para la patria de eternos goces.

Pícara y grácil, si la manejan los Espineles;
En los Fray Juanes, Malón y Estrella santa y
(divina,

Y halagadora como un requiebro cuando Cetina
Nos canta en ella sus madrigales de himetas mie-
(les.

Gentil en Lope, gallarda en Tirso, severa en Melo;

Sobria en Herrera, y en Garcilaso limpia y gaiana;
Bronce de Ercilla, oro en Quevedo, fuego en

(Quintana,

Y en Argensola y ambos Luises, arpa del Cielo.

Tú eres... el alma; que eres las dichas y los dolores;

Que eres la verja de la capilla del baptisterio,
Y eres la sombra de los cipreses del cementerio,
Do nos aguardan, durmiendo en Cristo, nuestros
(mayores.

Y eres el pueblo, con el sagrado de sus hogares;

Y eres el campo, con sus alcores y sus llanuras;

Y eres la novia, con sus promesas y sus ternuras;
Y eres la ronda, con sus guitarras y sus cantares;
Y eres el barrio, con sus leyendas y tradiciones;
Y eres ermita de la Patrona, con sus exvotos;
La romería, con sus danzantes y sus devotos,
Sus tamboriles, sus simpecados y sus pendones.
Y eres el héroe de la familia, con sus hazañas;
Y eres el padre, con sus afanes y sus sudores;
Y eres la madre, con los deliquios de sus amores;
Y eres.. los hijos, vivos pedazos de la entrañas.

JUAN F. MUÑOZ PABON

Hombres que no se casan

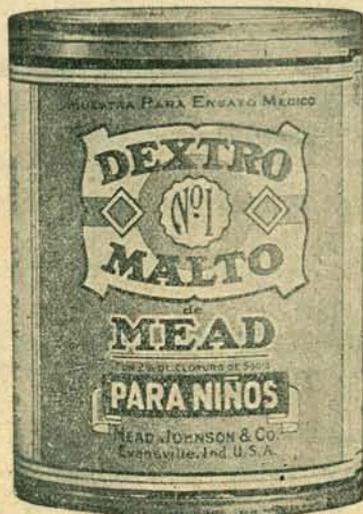
Los hombres que no se casan se dividen en dos tipos: solteros por vocación y solteros... por desgracia. Los unos hacen del celibato una forma de vida y tratan de sacarle el mayor provecho posible. Los otros, en cambio, se pasan la existencia renegando de él.

¿Por qué esta diferencia?

Tal vez estribe en una cuestión de modalidad muy simple de analizar. El hombre a quien "gustan todas en general", como dice la copla, es un candidato seguro a la soltería. Se complace en ella porque le parece agradable y porque no tiene ninguna duda respecto a la comodidad que le reporta en el

sentido de poder disponer de todo su tiempo, su libertad y hasta su buen humor, en andar de galantería en galantería, flechando coranes, sin comprometer mucho el propio.

El solterón de esta naturaleza cree ser feliz, cree haber resuelto un gran problema negándose al matrimonio y hasta se ve asimismo como el más listo de sus amigos; pero en el fondo es seguramente un desdichado. No siente vivir en su corazón esa maravilla de ternura que todos deseamos para hacer más bella y amable la vida. Es incapaz de amar porque el amor no le preocupa sino en cuanto puede recibirlo de otros. Algún día, cuando



Madres!!

“Dextro-Malto”
y “Páblum”

Los mejores alimentos para niños, aprobados por los especialistas, están de venta en todas partes.

Consultad a vuestro médico

COSTA RICA DENTAL &
MEDICAL SUPPLY Co.

Dr. M. Fischel Co.

Apartado 434

SAN JOSE

Teléfono 2683



las canas le platean la cabeza y siente la añoranza del hogar que se negó a formar tantas veces, una amargura indecible lo invade y entonces recurre a dos términos: o confiesa odiar a todas las mujeres a quien dijo antes querer, para no hacer en resumen a ninguna la reina de su corazón, o se casa con la primera dispuesta a acompañarlo en la vejez, en el aburrimiento y en el hastío de su vida, es decir, con la primera dispuesta a pasarse horas del día preparando cataplasmas, combinando tisanas o ensayando fricciones y vendajes para el reuma.

Los dos extremos son perfectamente probables. En cualquiera de los dos casos el hombre es un egoísta y un malvado. Si se ha pasado la juventud haciendo el Tenorio, pavoneándose con ínfulas de irresistible, burlándose del matrimonio y de la seriedad del amor, no tiene derecho luego a criticar a las mujeres, ni a casarse con una, tan sólo para que le sirva de enfermera o de ama de llaves.

Por desgracia quedan muchos de estos señoritos presumidos que creen llevarse el mundo por delante con sus pretensiones y su desparpajo.

En cambio, como una de esas contradicciones amargas que ofrece la vida, el solterón en quien la suerte se ha ensañado no mostrándole, a veces, ni siquiera de lejos, la sonrisa del amor, suele terminar su existencia sin haber conocido esa dicha de ser amado de la que hubiera hecho derivar un hogar amable y tranquilo, hecho a base de camaradería y de ternura.

¿Para qué decir que las mujeres tenemos un poco la culpa de estos contrastes? Generalmente somos más inclinadas a dejarnos embaucar por el galán palabrero, tipo de conquistador a lo Clark Gable, y no vencer por el tímido y sencillote que de buenas a primeras nos dirá lo que piensa, como si llevara siempre el alma a flor de labios. Este es, seguro, el tipo ideal de marido. Pero solemos dejarlo pasar, esperando que el otro, el "bonito", el elegante, nos lleve al registro civil, cosa que no siempre suele suceder...

Por eso hay tantos hombres que no se casan. Por eso hay tantas mujeres que se quedan "para vestir santos" después de haber visto el amor detenido a su vera, pero nada más que detenido para un juego de palabras que el tiempo se encargará de hundir en el olvido...

Sin embargo, tampoco ésta o la otra es regla general y hay, desde luego, hombres condenados al celibato porque de cuantas mujeres conocieron, ninguna supo darle esa sensación de compañerismo y de ternura que, siendo el aspecto más interesante de toda vinculación afectiva, no es la forma corriente de encarar el amor.

Nuestras muchachas casaderas, las que no piensan sino en alcanzar esa divina gracia de conquistar un compañero para toda su vida, debieran reparar en ésto si no quieren correr el riesgo de equivocarse.

Rosa CARBALLO

EL SIGLO NUEVO

ofrece un gran surtido de Crespones de seda de ₡ 2.30 en adelante. Géneros de lana para Sobretodos de ₡ 7.00 en adelante. Casimires ingleses de ₡ 12.00 yarda en adelante. Los mejores Sobretodos para señoritas y señoras en EL SIGLO NUEVO a ₡ 36.00 y 44.00. Medias de seda natural Chiffon y medio Chiffon a ₡ 3.00, 3.50 y 4.50 el par.

El SIGLO NUEVO ya no es una tienda cara, para convencerse visítelo

HERRERO VITORIA HNOS.

RECETAS DE COCINA

A CARGO DE DOÑA DIGNA CASAL DE SOLARI

Ensalada de Tomates y Atún

Se escogen bonitos tomates, se parten por la mitad; en una tacita se mezclan 2 cucharadas de aceite, una de vinagre, sal y pimienta con esto se bañan los tomates, encima se cubren con atún, luego se les pone salsa mayonesa y se espolvorean con huevo duro finamente picado y perejil picado también. Cada mitad de tomate debe ir colocado sobre una hojita de lechuga bien tierna sobre un platón y se coloca en la nevera antes de servirse.

Puding de Pollo

Se muele la carne de un pollo sudado, sin la piel. Se maja con un tenedor el contenido de una latita de puntas de espárragos, se condimenta con sal y pimienta, se le agrega un poco de salsa blanca, 3 yemas de huevo y se mezcla bien, enseguida se le agregan las claras batidas a punto de nieve y se mezcla muy despacio, se unta de manteca un molde con tubo en el centro y se espolvorea con miga de pan, se llena el molde con lo preparado, teniendo cuidado de que no quede muy lleno porque al hacerse crece. Se pone al horno en baño de María y cuando está asado (lo que se sabe metiéndole un alambre y al sacarlo sale limpio) se saca del horno y se vacía en un platón se adorna con puntas de espárrago, hojitas de lechuga y se sirve con salsa blanca.

Esalada de Naranjas

Se escogen 6 naranjas bien hermosas y de muy buena calidad, bien maduras. Se parten por al mitad y con mucho cuidado se les saca toda la carne, se le quitan los pellejos y semillas, se mezcla con otro tanto igual de piña bien picada, 3 bananos finamente picados, azúcar al gusto, un poquito de licor como marrasquino, chartreuse, curazao, etc. Se llenan las medias naranjas con lo preparado, encima se adornan con uvas y fresas. Se dejan en la nevera para que se enfríe bien y se sirve.

LEA ESTO:

Lea nuestros anuncios, siempre hay cambios; puede ser útil para usted saber lo que anunciamos. Ya sabe usted que sólo anunciamos a casas sumamente serias, artículos muy recomendables, profesionales serios.

—::—

MUY IMPORTANTE: a los suscritores de toda la República. Nos hacemos cargo de toda clase de compras, equipos de novia y de enviarlos a la mayor brevedad posible. Tenemos arreglos con algunas casas comerciales lo que será no sólo de economía sino también de mayor eficacia.

Aviso importante para algunos Agentes y Suscritores

Habiéndose trasladado a la oficina del Eco Cáslico la Sociedad de Sufragios que estaba en la oficina de D. Eladio Prado, frente al Sagrario, y a donde depositaban sus cuentas algunos agentes y suscritores de Revista Costarricense les avisamos que sigan depositando el dinero de la Revista o el pago de su suscripción en la Sastrería de don Alberto T. Brenes y Sobrino, esquina opues-

ta al Gran Hotel Costa Rica.

Nuestro buen amigo don Alberto T. Brenes dueño de la Sastrería más elegante de San José, con el mayor gusto nos ha ofrecido hacer este importante servicio.

Sara Casal Vda de Quirós.

Para el Ganado

(Economizar es perder riqueza)

Mediante estudios bien practicados se ha comprobado que cada vacuno (vaca o buey) tiene en su organismo más o menos la cantidad de dos a cuatro libras de sal. Pero como parte de esta sal se pierde por el sudor (los animales sudan), por el trabajo, los orines, por la leche y las lágrimas y de otras maneras, es preciso reponer esta pérdida. Algo más: se ha examinado que los pastos que una vaca consume no contienen la sal que el animal pierde cada día. Luego es preciso dar sal a las vacas con frecuencia y convenientísimo darla cada día, a razón de una cucharada de sopa por cabeza.

Oiga más: los criadores suizos, tan hábiles en la cría y engorde de vacas, han experimentado que por cada kilo de sal bien distribuido que se dé a una vaca, ésta aumenta **DIEZ LIBRAS DE CARNE**.

Con razón los matarifes o sean los que se dedican al oficio de sacrificar ganado para el consumo, acostumbran buscar su ganado en las haciendas donde mejor se sala. ¿Y esto por qué? Por dos razones: primera, la carne es más pesada porque el cloruro (sustancia que contiene la sal) se conserva en los tejidos de la carne y aumenta el peso de ésta; segunda, porque la carne es de mejor **ASPECTO** y de **MEJOR GUSTO** y esto aumenta la clientela del matarife.

Quien huye del costo huye de la ganancia. El ganadero que mezquina el pasto y la sal a los ganados se priva de gran parte de utilidades. La vaca de leche que recibe sal

diariamente dará al menos una pucha de leche más que aquella que sólo la recibe de tarde en tarde. Sumemos, Treinta puchas de leche al mes valen, a \$ 00.5, \$ 1.50.

Dos onzas de sal diariamente dan en el mes sesenta onzas, un poco menos de cuatro libras. La libra a \$ 0.08, valen las cuatro libras \$ 0.32: 1.50 menos 0.32, \$ 1.18 de beneficio. Si se trata de ganado de ceba, la proporción es mucho mayor. Total: que los hacendados que economizan la sal son malos, pésimos negociantes!

La Hemofilia

Rara enfermedad hereditaria—en la cual la sangre no tiene el poder de coagularse, así que un leve rasguño puede hacer que la víctima se desangre hasta morir—pasa del enfermo a través de su hija, hasta su nieto, aunque la misma hija escapa a la dolencia. Unicamente los varones enferman pero siempre el mal se trasmite por una mujer. Como esta dolencia no afecta a las mujeres, el Dr. Birch, del Colegio Médico de la Universidad de Illinois, dedujo que ellas deben tener alguna hormona que actúa como preventiva contra este mal. La hormona más característica de la mujer es la ovárica. Hizo el experimento con dos niños hemofílicos que padecían de hemorragia por lo menos una vez al mes, empleando en uno la hormona ovárica y en el otro el tejido ovárico. Uno de los pacientes no sufrió ninguna hemorragia durante once meses.

Bettina de Holst Hijos

Avisa a su distinguida clientela que ha recibido:

Lino - Batista de Lino - Damasco de Lino - Palias
Corporales - Purificadores de Lino - Encajes para
Albas y Roquetes

BELLISIMAS FLORES PARA ADORNAR ALTARES.

Pepita de Algodón Molida

el mejor alimento para vacas, aumenta la producción y mejora la calidad de la leche. Usese mezclada con

Afrecho Puro de Trigo

Estos dos artículos los consigue usted siempre a los precios MAS BAJOS en el

ALMACEN ROMULO ARTAVIA

Haga sus órdenes al Teléfono 3058, o al Aprt. 653
SAN JOSE, C. R.

EL AGUILA DE ORO

PUJOL Hnos. Teléfono 3933

Para regalos de Noche Buena están llegando ya Frutas Cristalizadas en elegantes cajas. Cajas de Magníficos Chocolates rellenos de las mejores marcas. Confitos inmenso y variado surtido: Champagnes, Cognacs, Whisky, Sidra Champagne, Turrones, Jijona, Yema y Mazapán. Exquisitos vinos: Manzanilla Jerez y Málaga Jamones, Salchichones, Salamé y Mortadellas Quesos Parmesano, Holandeses y Kraft.

Exquisita Lateria en General - Precios Moderados

ROPA INTERIOR DE SEDA

KAYSER

SURTIDO COMPLETO EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X. Dentadura de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

GMO. NIEHAUS & CO.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda •VICTORIA• de Santa Ana, Hacienda •LINDORA• de Turrialba, Hacienda •ARAGON•
ARRÓZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca •Rosales•, Hacienda •PORO•

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor - Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Más de 25 años de trabajo

Más de 300 mil exámenes

ES SU MEJOR GARANTIA

Laboratorio Bacteriológico

Lic. don CARLOS VIQUEZ

Servicio Nocturno de Oxígeno

A cualquier hora de la noche lo atenderá Julio Vargas M., en su casa de habitación detrás de la Iglesia de La Merced